

se aprestan los mozárabes á sostener una de las más heróicas luchas que ofrece la historia de los tiempos medios; y si no pueden la fé y la tradicion darles sobre los sectarios de Mahoma el mismo triunfo, alcanzado dos siglos antes contra los secuaces de Arrio, revistenlos de aquel invencible espíritu que animaba á los cristianos independientes, habiéndose menester al cabo del exterminio para sofocar su perseverancia religiosa y domeñar su patriotismo.

Contemplemos este interesante y maravilloso espectáculo en el capítulo siguiente, no sin dejar antes consignada una observacion, interesante por extremo para los estudios que vamos realizando. Cuantos escritores florecen en los primeros dias de la servidumbre mahometana, debian su educacion literaria á la decadente monarquía visigoda, apareciendo filiados en la triple escuela de los Bráulios, Eugenios y Paulos Emeritenses, que reconocia su centro y cabeza en la escuela de Sevilla, fundada por Leandro é Isidoro ¹: cuantos cultivan las letras, tras estos primeros momentos de zozobra, lejanos más cada dia de aquella fuente, viven sólo de la tradicion, conservada por la Iglesia en medio de los mayores conflictos, ora volvamos la vista al suelo de la Bética, ora fijemos nuestras miradas en los valles de Astúrias. Expuesto ya, si bien con la sobriedad que pide la naturaleza de nuestros trabajos, cuanto á los primeros se refiere, conveniente juzgamos pasar al estudio de los segundos.

¹ Inútil nos parece cargar esta parte de nuestros estudios con los nombres de ciertos escritores, tales como Servando, obispo de Orense, Julian, diácono de Toledo y griego de nacion, famosísimo por los cronicones que se le atribuyen, Arcárico, Venancio, Gudilita, Laimundo, Isidoro Setabiense, Severo y otros muchos, de quienes sólo hacen mencion los falsos *Cronicones* citados. Reducidos estos á su verdadero valor por la diligencia y perspicuidad del docto sevillano don Nicolás Antonio, probadas asimismo las incoherencias relativas á estos supuestos escritores del siglo VIII (*Bibl. Vetus*, lib. VI, caps. I y IV), y no existiendo obra fehaciente de las que el fecundo forjador de los expresados *Cronicones* les atribuye, juzgaríamos reprehensible empeño el de atribuirles un lugar sólo concedido por la crítica á los varones, de cuya existencia y mérito no puede dudarse, reputando además como peligrosa, sobre inútil para los hombres realmente doctos, toda disquisicion que pudiera derramar nuevas dudas respecto de hechos enteramente depurados y hasta la saciedad esclarecidos.

CAPITULO XII.

ESCRITORES CRISTIANOS DEL CALIFATO.

ESPERAINDEO, ÁLVARO, EULOGIO, SAMSON, etc.

Política de los Califas respecto de los cristianos mozárabes.—Veda Hixem el uso de la lengua latina y obliga á la juventud á educarse en las escuelas arábigas.—Reaccion del sentimiento católico.—La Iglesia, el culto y la liturgia.—Escuelas mahometanas: escuelas cristianas.—Su ciencia y literatura respectivas: distintos fines de unas y otras.—El abad Esperaindeo: su *Apologético contra Mahoma*.—Nueva exaltacion del sentimiento religioso.—El martirio.—Concilios de Córdoba.—Álvaro y Eulogio.—Su autoridad é influencia respecto de los mozárabes.—Sus obras.—El *Documentum martiriale* y el *Indiculus luminosus*.—Su exámen.—Carácter de la elocuencia de Eulogio y de Álvaro.—Martirio de Eulogio.—Su vida escrita por Álvaro.—El himno en su alabanza.—Poesias de Álvaro.—Efecto de la muerte de Eulogio en la raza mozárabe.—El abad Samson y su *Apologético*.—Cansancio y postracion de los cristianos.—Leovigildo y Cipriano: sus escritos.—Caractéres generales de todas estas obras.—Su identidad con el estado social del pueblo que las produce.—Aversion de las razas árabe y cristiana.—Efectos de la misma.—Expulsion de los mozárabes andaluces: su aniquilamiento, como pueblo, en la Península Ibérica.

• Apartando la vista de los disturbios intestinos é interminables rebeliones que alteran la paz del Amirato español, cual testimonio inequívoco de la ferocidad nativa de aquellos guerreros que, despues de sacudir el yugo de los Califas de Damasco, no se daban por satisfechos sin tener encendida la tea de la discordia; sepa-

rando igualmente nuestras miradas del cuadro que presentan los paladines del cristianismo, cuyas conquistas se extendían y afianzaban á principios del siglo IX, así en las regiones del norte y occidente como en las vertientes orientales del Pirineo, cúmplenos ahora contemplar de cerca el peregrino espectáculo que en medio de su cautividad ofrece el pueblo mozárabe, despertando con las simpatías de la historia el más vivo interés de la crítica.

Digno es en verdad de alta consideración el lastimoso estado de aquella grey, que despojada de su libertad política, vejada con diarios y gravosos pechos y objeto de la desconfianza, ya que no de la malquerencia, arrostra con el antiguo valor de los mártires la saña de los musulimes; y mientras sella con sangre la fé de sus mayores, procura defenderla y acrisolarla en sus escritos. Pero si notable es sobremanera este doble movimiento de la inteligencia que se opera á mediados del siglo IX, sube de punto la admiración que inspira, cuando se repara en el extraordinario contraste que forma la cultura de los mozárabes con la civilización que ha recibido el nombre de arábica. La antigua Colonia Patricia, que envió un tiempo á la capital del mundo sus oradores y sus poetas, sus declamadores y sus filósofos, centro ahora del imperio musulman, iba á ser teatro de aquel drama, en que debían lanzar sus últimos gemidos las ciencias y las letras, patrocinadas dos siglos antes por el doctor de las Españas, cuya gran sombra se proyectaba todavía sobre las reliquias del magnífico edificio, entre cuyas ruinas se descubren las interesantes figuras de Álvaro y de Eulogio. Y mientras se prolongaba aquella dolorosa agonía, desarrollábanse con fuerza desacostumbrada las artes, las ciencias y las letras bajo la protección de los nuevos Califas, mostrando en su precoz desenvolvimiento que, siendo hijas de la imitación, no podían tener tan larga como deslumbradora existencia.

Era pues la celebrada Medina-Andáalus teatro y centro al par de ambas civilizaciones: abandonada á sus propias fuerzas y perdida toda esperanza de prosperidad, parecía postrarse la mozárabe ante el poderío de los sarracenos, para levantarse por un momento con nuevo espíritu, cayendo por último en mortal abatimiento: halagada la arábica por el poder y las riquezas, extendía á todas par-

tes su dominio, y penetrando al cabo en el centro de los cristianos sometidos al yugo del Islam, lograba adormecer su patriotismo, introduciendo entre ellos la perturbación de las ideas y el desmayo; sensible quiebra que sólo podía saldar, bien que pasajera y momentáneamente, el heroísmo de los mártires.

Semejante resultado, que es necesario reconocer con todo empeño, si ha de comprenderse la lucha que sostiene el cristianismo en la corte de los Califas, donde había refluído la vida entera de la nación vencida en Guadalete, fruto era de la política iniciada por Abd-er-Rahman, cuya conducta debía servir de norma á sus descendientes. Para dar fuerza y unidad al nuevo Imperio, había procurado aquel príncipe derramar entre sus vasallos la luz de las ciencias y de las letras, echando los fundamentos á las famosas escuelas, que perfeccionadas en adelante, debían templar la ferocidad de tan diversas tribus como habían tomado asiento en la Península: para reprimir los sorprendentes progresos de los cristianos de Asturias, había esparcido el terror entre los mozárabes, que favorecían y alentaban aquellas osadas empresas. Mas logrado su intento, según mostramos en el anterior capítulo, y convencido Abd-er-Rahman de que no repeliendo á los cristianos sojuzgados, sino atrayéndolos al seno del Islamismo, era posible coronar por su cima la grande obra de la unidad por él acometida, resolvióse á dar los primeros pasos en la nueva senda que pretendía dejar abierta á sus hijos.

Protegiendo pues á los mozárabes de Córdoba, cuyo primer magistrado acercó á su palacio y persona ¹; fomentando la unión

¹ Algunos historiadores, y entre ellos el entendido académico Lafuente (*Historia general de España*, parte II, lib. I, cap. X), asientan que «llevó Abd-er-Rahman su respeto y su justicia en orden á los mozárabes hasta crear en Córdoba un magistrado con el cargo y título de protector de los cristianos.» Pero en ninguno de los documentos coetáneos hallamos confirmada esta dignidad. Los oficios públicos que dentro de su propia raza ejercieron los cristianos, son: 1.º El de *Conde*, que siguiendo la tradición visigoda, era su gobernador especial y supremo, como delegado de los reyes, y después de los amires y los Califas: 2.º El de *Censor*, que según la autoridad de Eulogio, equivalía á la dignidad de juez (*Docum. martyr.*, lib. I, proh., y lib. III, capítulo XVI): 3.º El de *Exceptor*, que á juicio de Florez era igual al de tesorero ó administrador de las rentas públicas (*España Sagrada*, tomo X, trat. XXXIII,

de las razas orientales que seguían el Koram y las razas occidentales que profesaban el Evangelio, unión que debía no obstante producir con el tiempo aciagos frutos ¹, aspiraba por una parte á hacer más aceptable y duradera la alianza interior entre cristianos y musulimes, y caminaba por otra á debilitar en los primeros todo sentimiento de patriotismo, enlazándolos á su Imperio con los intereses terrenales, y prodigando honras y distinciones á los que, por satisfacer su menguada ambición, renegaban de la fé de sus abuelos. Esta doble política, ensayada desde los últimos años del primer Califa de Córdoba, sobre estar autorizada por el mismo Koram, era la única que podía convenir á la prosperidad de aquel múltiple Estado, cuyo mayor número de habitantes pertenecía á las razas hispano-latina y visigoda; y mientras aparentaba respetar los pactos y capitulaciones de la conquista, ya tantas veces quebrantados ², dirigíase principalmente á introducir la discordia en el seno de los mozárabes, quienes si al verse duramente perseguidos, habían rechazado toda influencia mahometana, lisonjeados ahora por la esperanza de mejor vida, comenzaban á prestar oídos á tan mañosas seducciones, encaminadas á labrar su perdición con el aparente halago de una felicidad transitoria.

cap. VII); y 4.º El de *Publicano* ó arrendador de las referidas rentas. De cualquier modo, lo que importa notar es que desde el momento en que Abd-er-Rahman I concibe aquella política de seducción respecto de los mozárabes, llamó á su palacio al Conde de los mismos, prodigándole, así como á los Censores y Exceptores, toda suerte de honras y distinciones.

¹ La casta de los *muladies*, *mulados* ó *mestizos*, que resultó naturalmente de la unión y consorcio de ambas razas, bien que musulmana, según la letra y espíritu del Koram, fué vista por los islamitas ó árabes puros con tal desprecio que, negándoles toda participación en la gobernación del Estado, llegó á concebir en cambio contra ellos profundo odio; y cuando se sintió fuerte ya y numerosa para dar con las armas testimonio de sus ocultos rencores, apeló á la fuerza para protestar de tan injustificado desden, encendiendo aquella feroz y sangrienta lucha, que algunos historiadores apellidan *guerra social*, la cual llena con sus terribles peripecias casi todo el siglo IX y parte del siguiente, acarreando por último la decadencia y ruina del Califato.

² Véase el juicio crítico de la *Chronica* de Isidoro Pacense, donde se notan ya, antes del año 774, las infracciones que los referidos pactos habían sufrido. La relación de los hechos que vamos á narrar, advertirá del modo cómo se respetaron en adelante.

Segundaba Hixem y daba mayor ensanche á este sistema, que formaba por cierto singular contraste con la conducta de los antiguos dominadores de España: negándose los romanos á mezclar su sangre con la de los iberos, apenas había alcanzado la clemencia de Tito á borrar los añejos rencores, engendrados por una guerra de dos siglos: despreciando los visigodos á la raza hispano-latina, cuyo consorcio tenían en menos, tampoco había sido bastante á constituir una sola familia la tardía ley de Receswinto: más cuerdos, si no más ilustrados, tenían los Califas presente que sólo consistía el engrandecimiento y fuerza del Islam en la fusión y mezcla de tantos pueblos como reconocían su dominio; y fieles á esta respetable tradición, apoyada igualmente por la religión y la política, comprendieron que únicamente podrían llamarse señores de la Península, cuando extinguido en el suelo que ocupaban, todo espíritu de cristianismo, sólo imperase el interés de una religión en el seno de una sola familia.

Hixem, que inaugura su reinado con la guerra santa para tener á raya á los cristianos de Asturias y de la Marca Hispánica; que fomenta en Córdoba las artes y las ciencias, ya levantando suntuosos edificios y llevando á cabo la famosa mezquita empezada por Abd-er-Rahman ¹, ya perfeccionando las escuelas públicas y creando otras nuevas; que merece por último ser apellidado en premio á sus virtudes el *bueno* y el *justo*, no solamente hace suyo aquel sistema de dominación sobre los mozárabes, dadas las leyes del matrimonio y del proselitismo, sino que, siguiendo el mismo impulso, dá un paso agigantado en aquella difícil carrera. El ilus-

¹ Después de terminada la mezquita por Hixem, tuvo grandes aditamentos: según afirman los historiadores árabes, y con especialidad Almaccari, aumentó Al-Hakem de norte á mediodía ciento cinco codos, y más adelante agregó Almanzor, regente de Hixem II, otros ochenta á la parte del Este, con lo cual llegó á contar el número de diez y nueve naves, que hoy ostenta á la admiración y estudio de la posteridad. Véase sobre este punto interesante de la historia de las artes el ensayo sobre la *Architecture des arabes et des mores* por Girault de Prangey, período bizantino (pág. 47 y 48, Paris, 1841), y el tomo de los *Recuerdos y bellezas de España*, en que nuestro entendido compañero don Pedro de Madrazo describe y quilata la grande aljama de Medina-Andáalus (Madrid, 1855).

trado Califa, que se tenía por dichoso con promover la cultura del pueblo musulmán, prohibía en todos sus Estados que se hablara y escribiese la lengua latina, y para obtener cumplido logro de este acuerdo, ordenaba por último que acudiesen á las escuelas públicas por él fundadas, los hijos de los cristianos, á fin de que, olvidada de todo punto el habla de sus mayores, fuese la lengua arábica la única del Imperio mahometano.

Estas disposiciones, consignadas por los cronistas musulmanes, bien que olvidadas á la continua por nuestros historiadores, ó ya calificadas como una rareza por alguno de los escritores modernos que más se precian de filósofos, ya consideradas como simple efecto de intolerancia religiosa ¹, eran las más importantes y trascendentales de cuantas dicta la sagaz política de los Califas españoles. Funestas debían ser, sin embargo, para los mozárabes, que reducidos al mismo estado en que dos siglos antes se vieron los hebreos bajo el yugo de los visigodos, y forzados por otras leyes aun más tiránicas á la circuncisión, hallábanse en la dura alternativa de provocar la saña de sus dominadores, quedando sumidos en lastimosa barbarie, ó de entregarles sus hijos para que los educaran en sus escuelas. Era evidente que no sólo había de quebrantarse con leyes semejantes la tradición de los estudios hispano-latinos, sino que engendrado desde la infancia cierto amor á las

¹ Menciona esta notabilísima ley el historiador Abú-Meruan-Ebn-Hayyan, y cítala Conde en el capítulo XXIX del tomo I de la *Historia de la dominación de los árabes*, pág. 229. También la recuerdan en nuestros días MM. Carlos Romey (*Histoire d'Espagne*, parte II, cap. IX) y Rosseeuw de Saint Hilaire (*Histoire d'Espagne*, lib. IV, cap. III), bien que dándole diversa significación é importancia. El primero la considera como una extravagancia, hablando de ella incidentalmente: el segundo, aunque animado de mejor crítica, hallando en ella el medio de explicar el profundo sello que deja en las regiones meridionales de la Península la lengua de los árabes, la vé más bien como un exceso de la piedad musulmánica de Hixem que como un premeditado efecto de su política. Lástima es que nuestro amigo y compañero Lafuente no le haya atribuido la importancia que realmente tiene, contentándose con apuntar muy de pasada que «dejó Hixem establecidas en Córdoba escuelas de lengua arábica, » y en su tiempo se comenzó á obligar á los cristianos mozárabes á no hablar «ni escribir en su lengua latina» (*Hist. gen. de Esp.*, parte II, lib. I, capítulo VII).

costumbres orientales, debía resfriarse también el patriotismo de los cristianos, relajados insensiblemente los vínculos de la creencia; y no á otro fin se encaminaba la ley dictada por Hixem y sostenida con todo empeño por los Califas que se asientan después de él en el trono de Córdoba. El pueblo mozárabe, que vivía, según dejamos ya advertido, con el recuerdo de su pasada cultura, y que en medio de las calamidades que le afligen durante el siglo VIII, sólo había encontrado fuerzas para resistirlas en la fé de sus mayores, veíase pues amenazado de lenta pero segura disolución, estrechado por todas partes en el círculo fatal en que lo iba encerrando la política de los mahometanos.

Pero si tan doloroso estrago producía en los mozárabes este sagaz y desorganizador sistema, venciendo con el incentivo de las riquezas y de los privilegios á los que flaqueaban en la fé de sus padres; si mezclada ya la sangre cristiana y sarracena, crecía ilimitadamente el número de los mahometanos ¹, enflaqueciéndose más y más por este camino la grey verdaderamente católica; si se dejaba arrebatada y desvanecer por último la juventud educada en las escuelas arábicas por la novedad de una poesía y literatura que halagaban sobremanera la fantasía, dominando los sentidos, no por esto se había apagado en los dominios musulmanes el santo fuego de la religión cristiana, ni ardía en Córdoba con menos vigor la llama del patriotismo.

Puesta la Iglesia como valladar indestructible en medio de tantos infortunios, estrellábanse á sus plantas, á pesar de su servidumbre, todas las leyes y decretos dirigidos á borrar del Imperio mahometano aquella ofensiva nacionalidad, arraigada profundamente en los mozárabes. Prohijada por ella la lengua del Lacio desde sus primeros días, había llegado esta al siglo IX

¹ No debe olvidarse que, según dejamos indicado, los hijos habidos en matrimonio de un musulmán y una cristiana, ó de un cristiano y una sarracena, debían necesariamente profesar la ley de Mahoma, por determinarse en el Koram que «el niño ha de seguir forzosamente al padre ó á la madre, cuya religión sea verdadera.» Y dicho se está que donde imperaban los sarracenos y el Koram era fuente de legislación, sólo podía ser considerada como buena y verdadera la religión de Mahoma (Reinaud, *Invas. des Sarrac.*, página 142).

consagrada por la tradición y la liturgia, siendo depositaria de cuantos elementos de cultura tuvieron desarrollo en el seno del cristianismo. Las Sagradas Escrituras, fuente no enturbiada del dogma; las inmortales obras de los Padres, crisol donde aquél se purificaba y robustecía; los himnos sagrados, emblema del valor heróico y de la inmarcesible gloria de los mártires, y consoladora plegaria que mitigaba los dolores de la grey cristiana; los oficios divinos; las oraciones del rezo, y en una palabra, todo lo que se refería á la creencia católica y á su manifestación en el culto, se hallaba consignado, interpretado y expuesto en lengua latina, sin que al pasar de las letras sagradas á las profanas hubiera dejado esta de ser único medio de expresión, como lo había sido en la gloriosa edad de los Isidoros, Eugenio é Ildefonso. La contradicción de los Califas sólo debía producir tocante á la Iglesia efecto contrario al empeño que había inspirado aquellas leyes; y aunque no era dado á esta madre comun oponer resistencia activa á los poderes del mundo, que la sojuzgaban, empleó todas sus fuerzas para conservar ileso el inextimable depósito que le estaba confiado, y reconcentrando en sí toda la vida del pueblo mozárabe, dispúsose á entrar denodadamente en la lid á que era provocada ¹.

¹ Llamamos desde luego muy seriamente la atención de los lectores sobre este punto, para que fijada, como pide la imparcialidad de la historia y la verdad manda, la respectiva situación de *mahometanos* y *mozárabes*, sea posible entrar, libres de toda preocupación, en el estudio que á continuación realizamos. Aunque vá ya de vencida la moda de juzgar las grandes transformaciones y catástrofes que la historia nos ofrece, conforme al capricho de las escuelas y á las inspiraciones de las sectas religiosas, es oportuno y de extremada importancia, respecto del sangriento drama que vá á desplegarse á nuestra vista, orillas del Bétis, el reconocer maduramente su exposición en los preliminares del martirio, á fin de caracterizar perfectamente la lucha moral y religiosa, provocada por los edictos de los Califas. Y llamamos en esta parte la atención de los hombres doctos con tanto mayor empeño, cuanto que al llegar á nuestras manos la *Historia de los musulmanes de España*, debida al erudito R. Dozy, vemos reproducida, no sin sorpresa, la vulgar calificación hecha en el pasado siglo de los mártires de Córdoba, condenándolos como fanáticos. Á la verdad no se concibe cómo un escritor que empieza reconociendo la servidumbre de la Iglesia (tomo II, pág. 46); que señala terminantemente como causa de la infracción de los tratados el engrandecimiento de los

Distintos eran en verdad los medios que tenía á sus alcances cada uno de los contendientes. Fomentada la cultura árábica por el brazo poderoso de los Califas, contaba numerosas escuelas sostenidas con las rentas públicas; acaudalábase con suntuosas bibliotecas, cuya riqueza rayaba en lo fabuloso ¹, y estimulada con los premios y recompensas prodigados por aquellos generosos príncipes, caminaba sin obstáculo alguno á su más completo desarrollo. Contrariada la cristiana por la política de los musulmes,

mahometanos y la seguridad de su dominación (Id., pág. 48), manifestando con el testimonio de Alcutia que el mismo Abd-er-Rahman había quebrantado los pactos, y que fueron estos modificados ó cambiados á tal punto que durante el siglo IX apenas ofrecían vestigios de lo que fueron, al consumarse la conquista (Id., pág. 50); que asienta repetidamente, llevado de plausible imparcialidad, que los Califas impusieron á los cristianos, á instancia de los *faquies* y *ulemas*, tantos y tan gravosos impuestos, que ya en el siglo IX se habían empobrecido muchas ciudades y con ellas la misma Córdoba (Id., id. y 109); que declara paladinamente que de dulce y humana al principio se había trocado la dominación árábica en despotismo intolerable (Id., página 50); que reconoce en los *faquies* y doctores del Islamismo un verdadero poder del Estado, como lo prueba el reinado de Hacem (Al-Hakem); que no vacila en asegurar que Abd-er-Rahman II estaba dominado por los *faquies* y con ellos por el eunuco Nare, enemigo cruel de los cristianos *con todo el odio de un apóstata* (Id., pág. 96); que halla, más que en la diferencia de religión, en la antipatía de raza las causas principales de la lucha que vamos á estudiar (Id., pág. 108), y que no puede negar finalmente la ciencia ni la virtud de los principales personajes cristianos que en ella intervienen, se deje dominar tan fácilmente de una preocupación que ha debido combatir su misma ciencia histórica. Notable es por cierto que este entendido escritor, que tanta riqueza de pormenores atesora en su *Historia*, no haya querido levantar sus miradas á una esfera superior, para fijar la verdadera situación de la raza hispano-latina (le parti exalté et fanatique), y más notable todavía que se haya desentendido, al juzgar el drama sangriento del martirio, del valor y efecto de las leyes de los Califas, que tendían á absorberla y aniquilarla. La imparcialidad histórica no ha de ser tal que cobre alas á su sombra la injusticia, ni para historiar los musulmanes conviene tampoco *ponerse el turbante*.

¹ Seiscientos mil volúmenes, suma verdaderamente prodigiosa para aquellos tiempos, llegó á contar en el de Al-Hakem I la biblioteca régia de Córdoba, según afirman los historiadores musulmanes. Pero á pesar de que este número sea hiperbólico, todavía dará la misma exageración, aun reconocida, ventajosa idea de la protección sin límites que los Califas dispensaron á las letras.

y tenida en menos por la muchedumbre de los mozárabes, veíase reducida al retiro del claustro ó al modesto albergue de las iglesias parroquiales [basilicae]; y sin más tesoros literarios que los libertados del universal naufragio en que perece la monarquía visigoda; sin más estímulo que la fé, ni otra recompensa que los desdenes del mundo, enardecíase en medio de su forzado aislamiento, y convencida de su propio valer, ni esquivaba ni temía el próximo combate.

Eran no obstante las ciencias cultivadas por los mahometanos tan fastuosas y amigas de lo sobrenatural y maravilloso como sóbrias y sencillas las de los mozárabes: transmitida á los primeros la filosofía de Platon y de Aristóteles por incorrectas versiones siríacas, donde apenas se conservaba idea de los originales ¹, habíanla plagado ya de oscuros y revesados comentarios, empleándola en defensa del Koram y dando por este camino nacimiento á una teología absurda que, alimentando el espíritu de secta, sólo tenía por norte la fantasía ó el capricho ². Igual pendiente seguían las demás ciencias: «El saber de los árabes, dice un respetable escritor, era en aquellos tiempos una selva confusa, en que con estrechez íntima andaban unidas la sofisteria, la superstición, la incultura y la utilidad... Adelantaron notablemente la astronomía, haciéndola servir para vanísimas predicciones. Debióles la

¹ M. Langlés, á quien siguen respetables críticos del presente siglo, decía sobre este punto: «Todas las traducciones árabes de las obras griegas fueron hechas por muy malas versiones siríacas, y los textos no están en ellas menos desfigurados que los nombres propios. No existe acaso una sola obra traducida inmediatamente del griego en lengua árabe. Todas las traducciones árabes que se conocen, parecen hechas á despecho del sentido común, y no pueden dar idea de los autores originales» (Nota Ms., citada por Ginguéné, tomo I, cap. IV de su *Histoire Littéraire d'Italie*).

² Fuera de los schiytas, y demás sectas heterodoxas, que siguieron las opiniones de Alí, se conocieron entre los sarracenos cuatro sectas ortodoxas, de que fueron cabeza Hanbal-Schafey, Abu-Hanifah y Máleq-ben-Anas, cuya doctrina trajo á España Said-ben-Abdusch-el-Godeí durante el reinado de Hixem I, y difundió y aseguró en el de Abd-er-Rahman II Yahyá-ben Yahyá-el-Leyty. Aunque estas diferentes escuelas teológicas tenían por base la tradición, de donde tomaron el nombre de *sunitas*, todavía fueron tan notables las diferencias que los separaban, que producían entre ellos verdaderos conflictos.

«medicina admirables aumentos al tiempo mismo que la afeaban con especulaciones imaginarias y monstruosos sistemas. Con nueva y feliz maestría aplicaron la química al auxilio de las dolencias, y la llenaron también de enigmas portentosos y credulidades que animaba la execrable hambre del oro... Tomaron de la docta Grecia [añade] la general noticia de las doctrinas, é interpretando perversamente sus escritores, corrompieron aquello mismo que les sirvió de norma» ¹.

Respetuosos los mozárabes á la memoria de los esclarecidos varones que habían ilustrado en España la ciencia divina y la ciencia humana, seguían por el contrario las huellas del grande Isidoro, y estudiaban en sus *Etimologías* las disciplinas liberales, iniciándose al propio tiempo en las demás ciencias, cuyo conocimiento les ministraba aquel memorable libro ²; y remontándose á las claras fuentes de Gerónimo y Agustino, de Arnobio y Lactancio, adquirían segura y luminosa enseñanza de la ciencia de Dios, que se acrisolaba en el retiro con las frecuentes contradicciones del siglo. De esta manera conservaban las escuelas cristianas de Córdoba la noción pura de la filosofía aristotélica, tal como había sido aceptada y transmitida por Isidoro ³, mientras ahogada desde los tiempos de Almamun entre los árabes, bajo la inútil balumba de extraviadas exposiciones, impertinentes apostillas y nebulosos comentarios, apenas daba indicio de sus primitivos orígenes. Así también, respetada la autoridad de los Padres, conservábase en aquellos pacíficos gimnasios de la antigua civilización el lustre de la verdadera teología, no sin que hallaran en ellos merecido culto las bellas letras.

Mas si distaban en gran manera las ciencias de sarracenos y mozárabes, trayendo diferente origen y encaminándose á fin diverso, no mayor semejanza existía entre la literatura de uno y otro pueblo. Ya fuese en odio de la idolatría, según afirman respetables críticos, ya por ignorancia de la lengua helénica, como pre-

¹ Forner, *Mérito literario de España*, pág. 46 y 47.

² Véase el examen de los *Orígenes* hecho en el cap. VIII del anterior volumen.

³ Id., id., págs. 356 y siguientes.